



EL HORMIGUERO Psicoanálisis ◊ Infancia/s y Adolescencia/s

INDICACIONES PARA VOLAR

CLAUDIA CZERTOK

claucze@hotmail.com

Indicaciones para volar

Reseña curricular:

La autora es originaria de Capital Federal y luego de haber residido en diferentes lugares dentro y fuera del país está radicada en Viedma Río Negro desde hace varias décadas. Es docente, educadora sexual y ha sido coordinadora de la Biblioteca Provincial del Maestro. Durante la pandemia realizó un taller de escritura con Rubén de la Torre y actualmente sostiene un trabajo individual con Mariana Chami. La psicología, filosofía, la historia, el arte y la astrología han sido y son marco de su interés y lectura. No sólo como escritora, la vida, el amor y la muerte tienen lugar en sus preguntas y recorridos.

Indicaciones para volar

Es muy tarde el martes a la noche, Catalina Murga sube casi corriendo la calle empedrada que la lleva a su casa; la dueña del negocio donde trabaja dos veces por semana haciéndole las cuentas y organizándole los trámites se le quedó conversando y casi no se dio cuenta que estaban cerca del toque de queda.

Piensa para sí que mal no le viene ese ejercicio porque a su mamá le gusta mucho cocinar y últimamente viene probando unas recetas nuevas de postres que a ella la vuelven loca, “le tengo que decir que pruebe con la cocina ayurveda así no aumento tanto de peso”, nomás piensa eso le viene un acceso de risa porque lo único que le falta a doña Sara es que le venga con otra palabra rara.

Catalina fue siempre una alumna obediente, modelo y una hija ejemplar. De la escuela a la casa y más tarde del trabajo a la casa. Juntas madre e hija, todos los domingos en la misa de once, luego una vuelta por la plaza y antes de regresar a la casa, una pasadita por lo de la comadre. La visita habitualmente exigía quedarse para el almuerzo y éste solía prolongarse hasta el atardecer con todos los miembros de la extensa familia Tolaba; entre los que había guitarreros, copleras y muy amigos de la zamba. Así que los domingos eran un día de fiesta para Catalina y su mamá, que trabajaba en dos casas durante la semana y lavaba ropa el sábado para mantener a su hija, a quien soñaba poder ayudar para que se reciba de maestra.

Y así fue, Catalina, la primera mujer de la familia Murga que no sólo terminó la primaria, hace la secundaria y se recibe de maestra, todo en tiempo récord, con cuadros de honor y felicitaciones de todo el pueblo.

La vida en la pequeña comunidad transcurría bastante apacible, con algún que otro altercado entre vecinos; algún ladrón de huevos pescado casi al instante, algún que

otro vago trasnochador que se llevaba la bicicleta ajena porque de tan borracho ni se daba cuenta.

A Catalina sus alumnos la amaban, porque les contaba cuentos, los hacía reír cuando estaban tristes, jamás olvidaba un cumpleaños y les traía una hermosa torta, con velita y todo para compartir. La amaban porque Catalina amaba enseñar, se entusiasmaba con lo que quería que aprendiesen trayéndoles siempre algo con lo que despertaba inmediatamente su curiosidad. Y la amaban porque ella jamás les tiraba del pelo, o de las orejas o les decía cosas hirientes cuando les costaba aprender.

Sus compañeras la miraban al principio con un poco de recelo. Catalina era como ellas, del mismo color de piel, salida de la misma horneada como decían riéndose. Pero a la vez era diferente. Una mirada soñadora, una sonrisa hasta al más picarito de la escuela, una canasta llena de cartulinas y objetos para motivar las clases, siempre saliendo a recorrer, a dibujar afuera, recolectar elementos de la naturaleza... hasta más de una vez se metía en la cocina para enseñarles cómo hacer una receta con las verduras de la huerta, que también había sido su idea y ahora las cocineras defendían ese espacio verde como si fuera un tesoro.

A Sara le tocó recibir la encomienda. Una caja alargada, bastante pesada, con una etiqueta dirigida a Catalina Murga; miró el reloj y decidió esperar para no llamarla a la escuela, donde no siempre había buena señal.

Cuando Catalina llegó el paquete estaba sobre la mesa y Sara la miró inquisitiva.

- Ah...ya llegó – dijo Catalina muy seria pero los ojos le bailaban en la cara como queriendo salirse – es una cosa que me compré por internet.
- No me dijiste nada – le replicó Sara un poco molesta.

- No mamá, es una sorpresa, una ventana al mundo – le dijo Catalina críptica con una sonrisa ahora sí, de par en par.

Con delicadeza Catalina abrió la caja y salió de ella una coqueta computadora portátil de color gris. La joven acarició con reverencia la tapa y luego la abrió ante la mirada atónita de su madre.

Lo que siguió luego fue una batalla sorda entre ambas, que Catalina fue ganando a fuerza de las mejores virtudes que posee: paciencia, ternura y buen humor.

Primero se acomodó en el único bar que tenía wifi en el pueblo, el pequeño lobby del hostel donde, en forma casi permanente, había un desfile de jóvenes multicolores buscando quién sabe qué cosa por esos lugares recónditos.

Luego se encontró necesitando más tiempo para sus búsquedas y Lorena, la dueña del negocio donde trabajaba, le permitió usar su conexión a internet un día a la semana donde iba especialmente para eso.

Pero al poco tiempo esa forma de conectarse le dejaba gusto a poco y bastante incomodidad, así que a pura testarudez consiguió que les instalaran internet en la casa.

Sara la miraba desconfiada. Esa irrupción en su cotidianidad, tan armónica y ordenada era cosa del diablo. A veces pasaba como quien no quiere la cosa y miraba por sobre el hombro de Catalina que parecía sumergida, y lo que alcanzaba a leer la hacía persignarse y correr a prenderle una vela a la virgen del Rosario, a ver si lograba que su luz iluminase a su hija y le evitase torcer irremediablemente su rumbo.

Catalina, entre tanto, iba saltando de una página a otra, encontrando educadores que pensaban como ella y le aportaban nuevas ideas, pero también y de forma un poco aleatoria encontró feministas que le hicieron entender que tantas cosas que ella consideraba naturales en la forma de vivir de su madre y ella, tenía otro nombre: patriarcado.

Un sábado en el que el viento soplaba fuerte levantando arena y polvo por todos lados, después de haber leído un material que hablaba del yoga y la meditación para niños; decidió buscar una clase para ella, así entendía mejor de qué se trataba. En el pueblo habían tenido alguna vez una mujer muy interesante que daba clases de yoga en su casa. Las mujeres murmuraban que seguramente pertenecía a una secta y prohibieron a sus hijas acercarse a ese lugar del demonio donde les lavarían la cabeza.

Riéndose para adentro buscó hasta que encontró una mujer que le gustó. Un lugar sencillo y luminoso, la señora hablaba con una voz sedosa y calma que fue orientándola de a poco hasta que se encontró tan a gusto, con los ojos cerrados y repitiendo el sonido om que le hacía vibrar el corazón.

Intentó convencer a Sara para que compartiesen una clase pero sólo logró hacer llorar a su madre desconsoladamente. La abrazó un largo rato.

- Mamá, por favor no sea así, lo que más me duele es sentirla tan lejos, enojada, como si me hubiese ido a recorrer el mundo con un bolsito... usted no sabe lo bien que me hace investigar lo que hay por ahí...tanto para leer, para escuchar...si hasta estuve averiguando que puedo hacer un estudio universitario...vea, y sin moverme de acá, de su lado – Catalina no le afloja el abrazo y siente que de a poco Sara se pone un poco menos rígida, pero no la convence con acercarse al aparatito que sigue mirando con los ojos torcidos.

Las cosas en el mundo se pusieron de cabeza con una pandemia que parecía no sólo matar gente sino cambiar la fisonomía de la vida: distancias, barbijos, miedos que sobre todo cercaban las grandes ciudades. En el pueblo también se sintieron sus efectos. Se suspendieron las clases y el turismo. Lo primero afectó sobremanera a Catalina que sufría lejos de sus alumnos. Lo segundo impactó en todos los hogares que dependían del dinero que dejaban los alegres paseantes.

Catalina encontró algunas formas creativas de acercarse a sus alumnos, les armó unos libros de ejercicios que les iba dejando en las puertas de las casas, les golpeaba la puerta, les decía de lejos para qué les dejaba ese material y les prometía volver en unos días a buscar para corregirlos.

El pueblo se fue acomodando, algunos negocios cerraron, muchas familias comenzaron a depender de las ayudas del gobierno, varios se organizaron en cooperativas y ollas populares. Catalina ayudó a muchos facilitándoles lo que había aprendido en ventas por internet.

Una noche Catalina se dispuso a hacer una clase de yoga. Ya había avanzado mucho y las posturas ya no le hacían doler, al contrario, se sentía cada vez más liviana.

La clase terminaba con una extensa relajación. La voz de la profesora se hacía cada vez más cadenciosa y Catalina sentía su cuerpo volar por la habitación.

De pronto se cortó la luz. Catalina no se dio cuenta de tan ingrávida.

Cuando Sara entró en la habitación con una vela se quedó pasmada. La manta donde Catalina solía hacer esos extraños ejercicios parecía vacía pero al acercarse encontró unas plumas blancas. La ventana abierta de par en par dejaba entrar una brisa cálida y en la oscuridad del apagón, las estrellas brillaban incandescentes sobre los cerros.

junio 2021